

REZAR: TIEMPO PARA DIOS²

A veces se dice que rezar es tomar tiempo para Dios... Pero, ¿a Él le es necesario el tiempo? ¿Acaso le podría faltar algo? ¿Por qué podría tener necesidad de nuestro tiempo? No, Dios no tiene necesidad del tiempo que nosotros le dedicamos: ¡somos nosotros quienes tenemos necesidad de dárselo! Tomar tiempo es una cuestión de amor, y amar, es rezar.

Ser su niño

Para saber lo que es rezar, hay que mirar a las personas que están rezando. Sólo los que rezan saben de qué se trata. Un texto corto de Teresa de Lisieux dice mucho: “Para mí, la oración es un impulso del corazón, es una simple mirada levantada hacia el Cielo, es un grito de agradecimiento y de amor tanto en lo profundo de la prueba como en lo profundo de la alegría”³. ¡Eso es todo! Es como algo incontrolado que se escapa del corazón. Es levantar la mirada, y no haberlo pensado o querido. Lo que Teresa llama “rezar” es ser deslumbrado por algo hermoso. ¿Cuándo ocurre que nuestro corazón brinca, cuándo levantamos la mirada y cantamos? Cuando vemos algo que es hermoso. La oración se hace de manera relajada y muy infantil, porque nadie más que los niños tienen movimientos incontrolados del corazón... Los adultos dan las gracias en voz baja, los niños lo hacen en voz alta. ¿Acaso es tan difícil mantenerse como un niño delante de Dios? Ese grito y esa mirada no son muy difíciles, pero querer ser niño... El problema no es saber cómo debo rezar, con ayuda de qué libros, con qué método. El único problema es ser tan humilde como un niño. Porque rezar es tomar una actitud de dependencia, de humildad, de disponibilidad, es dejarse hacer, –lo cual no nos gusta, porque nosotros somos activos y productivos. Tomamos iniciativas. Nosotros “hacemos”, pero no nos dejamos hacer. Ese es el problema.

Malentendidos

Tal es a menudo nuestra primera reacción, como si nosotros mismos debiéramos hacer todo. “¿Cómo tengo que ponerme?”. “¿Cómo llegar a lo alto?”. En realidad, es a la inversa: es Dios quien descende. Rezar es dejarse hacer, tomar una actitud pasiva, receptiva. Cuando los jóvenes me preguntan cómo deben adorar, o lo que hay que hacer para adorar, mi respuesta es que en el fondo no hay que hacer nada. Durante el verano, cuando ustedes van a la playa para broncearse, ¿acaso se preguntan: “¿Cómo tengo que ponerme?”. En absoluto: se ponen el traje de baño y se instalan al sol. Adorar es, espiritualmente, exponerse al sol.

Un segundo malentendido es el de quien se pregunta en qué lugar de sí mismo hay que descubrir la oración. ¿Qué ejercicio hay que hacer? ¿Es preciso que lea algo o que piense en algo? ¿Qué sentimientos, qué deseos es preciso despertar? No, porque la oración no se sitúa en el nivel de la inteligencia, de la voluntad o de la fuerza. La Biblia nos lo dice mil veces: la oración se sitúa en el nivel del corazón. Lo que no quiere decir que se trate solamente de emociones, o en primer lugar de la afectividad. El corazón es ese lugar donde yo estoy pegado a Dios, donde estoy ligado a Él. El

¹ El Cardenal Godfried Daneels es el arzobispo de Malinas-Bruselas.

² Esta meditación familiar, inspirada en la Cuarta Parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, fue dada por el Cardenal a parientes que recibe regularmente en su casa. Fue traducida del neerlandés y publicada en *Vies consacrées* n° 1, enero-febrero-marzo 2005, pp. 5-16. Tradujo del francés Hna. Graciela Sufé, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo (Córdoba), Argentina.

³ *Manuscrito C*, 21, 21.

corazón es el lugar donde yo soy sumergido en Dios; ese lugar es el “interface”, en el lenguaje informático. Es donde Dios toca a los que le pertenecen. No hay nada de sentimental. No es preciso pues que yo busque dónde puedo unirme a Él, porque ya estoy “pegado”. Mucho antes de que lo piense, Él ya reza en mí. Jesús decía: *El Espíritu reza en ustedes, porque ustedes no saben cómo deben rezar*. El órgano de la oración ya está, el hombre no tiene que construirlo o plantarlo.

Otro malentendido más: el hombre debería buscar a Dios. Eso es ambiguo. ¿Dónde podrían ustedes buscarlo? Eso no es necesario, porque es Dios quien los busca a ustedes. San Agustín lo dijo: Dios está sediento de nosotros. Si nosotros tenemos necesidad de beberlo, es precisamente porque Él tiene sed de nosotros.

Para rezar hay pues que revertir las cosas, como se hace con un reloj de arena.

Los hombres de oración en el Antiguo Testamento

Toda la Biblia está enmarcada por dos palabras. Está primero la de Dios que dice a Adán en el paraíso: “¿Dónde estás?”. Pero Adán se oculta... La respuesta viene en una segunda palabra, cuando Jesús dice: “Heme aquí. Vengo a hacer lo que Tú quieras”. Él no se oculta. Entre estas dos frases se encuentran todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero también toda oración.

La primera oración del Antiguo Testamento es la de toda la creación: los animales, los árboles, los pájaros. Ellos rezan sin saberlo. Rezan porque son fundamentalmente obedientes a Dios. Un árbol no dirá: “Yo voy a desenvolverme de tal o cual otra manera: siendo un manzano, quiero producir peras”. Dará manzanas, y estará satisfecho de darlas. Para el hombre, es diferente. La creación reza espontáneamente. Sirve a Dios en reciprocidad, pero no totalmente. Cuando alguien obra de modo automático, sin poder hacerlo de otro modo, ustedes ignoran si los ama. Pero Dios ha querido a alguien que eligiese amarlo: el hombre. Éste es libre y dispone pues de un amor más profundo, él es la voz de los que no la tienen en la creación. Presta su voz a todos los seres creados que no la tienen.

Vengamos ahora a Abrahán. Primero, él reza sin palabras; es un hombre silencioso que mira las estrellas y allí descubre a Dios. Pero siempre sin palabras. Más tarde, hablará. La primera palabra que sale de su boca es una queja: “No tengo hijos”. Me falta algo. Esa es su primera oración. Después, cuando recibe a los tres visitantes, su oración es la de la hospitalidad. Pero su oración más profunda es aceptar en la obediencia extrema la prueba respecto de Isaac. En Abrahán ustedes encuentran ya varios elementos importantes de la oración.

Después, su hijo menor Jacob demuestra que la oración es también un combate. Él se bate toda la noche con un ángel. Eso es muy característico. Muchas personas se rebelan en su lecho de muerte, lo cual es igualmente una oración. Eso se parece a los dos rabinos en un campo de concentración que repiten sin cesar: “¡Dios, Tú no existes! Porque si existieras, no conoceríamos esta miseria”. Diez minutos más tarde, dicen: “Recemos a pesar de todo...”. Rezar es confirmar la existencia de Dios.

Moisés es alguien que intercede, un intermediario que reza siempre por los demás, muy poco por sí mismo. En su oración le gustaría saber el nombre de Dios: la historia de la zarza ardiente les es bien conocida. Dios no le responde: “Este es mi nombre”. Le dice “Yo soy el que soy”. ¡Qué no se ha escrito sobre esta respuesta! ¿Acaso quisiera significar: “¡Eso no te atañe!”? ¿O bien “Yo estoy aquí, para ti, siempre”? Es todo eso. Dios habla con Moisés; y dice de él que era el hombre más humilde jamás visto sobre la tierra. La humildad es indispensable en la oración.

Con David, la oración entra al Templo. El rey organiza peregrinaciones y fiestas; canta salmos. Para él la oración llega a ser ritual, relacionada con el culto y con los sacrificios. Compone numerosos salmos y se comporta como el pastor de su pueblo. Introduce el arrepentimiento en la oración.

Están también los profetas. Ellos dirán: “Todo eso está bien. Pero existe el peligro de ritualizar y de formalizar todo. Ustedes recitan de memoria sus oraciones, pero el corazón de ustedes no reza. No se dejen atrapar por las formas exteriores de la oración. Lo que cuenta es lo interior, el corazón de ustedes”. Será sobre todo Elías quien interiorizará la oración.

El Libro de los Salmos es el libro de oración por excelencia. Sus ciento cincuenta salmos son llamados cantos de alabanza, porque el salterio expresa principalmente la acción de gracias y la alabanza. Contiene una gran variedad de himnos: algunos cantan a la creación, a los acontecimientos del pasado, o la esperanza en el porvenir. Hay salmos mesiánicos, otros expresan sabiduría, rebelión, y sentimientos variados como gratitud, adoración, arrepentimiento, insurrección... La oración de los salmos pone en movimiento las emociones. Cuando uno quiere rezar, lo mejor es abrir simplemente el salterio; si no, uno elige fácilmente los mismos salmos y permanece así encerrado en los mismos sentimientos. Si, después de despertar extenuados de cansancio, caen en un canto de alegría, ¡eso les exigirá un excelente esfuerzo a nivel emocional! Por la oración de los salmos, el corazón adquiere elasticidad, entra en juego toda la gama de sus sentimientos; eso los protege contra los excesos de individualismo y de subjetivismo. Los salmos se dirigen a menudo a Dios diciéndole: “Tú...”: ¡y eso es la oración! Hay una enorme diferencia entre “Él es bueno, misericordioso...” y “Tú eres bueno...”. Sólo con la utilización de la segunda persona se puede hablar de oración. Muchas de nuestras oraciones al comienzo de una reunión no son en realidad sino una simple meditación.

En el Nuevo Testamento

Jesús es naturalmente el hombre de oración por excelencia. Probablemente la habrá aprendido de su madre, de José, en la escuela, en el salterio, a lo largo de las peregrinaciones... En el fondo, él fue formado en la oración, pero hay en él algo profundo que le es específico: el sentimiento infantil de dependencia de su Padre –tal como lo hemos vuelto a encontrar en Teresita[♦]. Él dice: “*Abba*, papá” lo cual sorprende a los judíos. Por lo menos en dos tipos de situaciones, reza como un niño: cuando algo va a ocurrirle (el bautismo, la transfiguración en el Tabor, la pasión...) y cuando debe emprender algo de importancia. Especialmente en el momento de la elección de sus discípulos y de la designación de Pedro. ¡Qué necesario era para Pedro! Lo que es profundo en la oración de Jesús, es que, a medida que avanza en edad, su dependencia infantil se convierte en una obediencia dolorosa. Él llega a ser verdaderamente un hombre obediente. Nuestra oración debería llegar a ser semejante a la de Él: “Haz conmigo lo que te agrade”.

En el fondo, nosotros no conocemos más que dos oraciones personales de Cristo (el Padrenuestro no es su propia oración, sino la que Él nos enseñó). Reza espontáneamente cuando ve volver a sus discípulos: “¡Te alabo Padre porque te has revelado a los pequeños y te has ocultado a los sabios!”. ¡Jesús está sorprendido! Se sorprende de que Dios sea así. “Sí, Padre, ¡tal ha sido tu beneplácito!”. La segunda vez, reza justo antes de la resurrección de Lázaro: “Padre, yo sé que me escuchas siempre”. Aquí vemos que Jesús rezaba mucho y que estaba seguro de ser escuchado. Su oración sobre la cruz fue una protesta, pero más aún una oración de obediencia. Después está también la oración sacerdotal, compuesta por Juan, con los sentimientos de Jesús pero quizás no con sus propias palabras.

Jesús nos da igualmente consejos pedagógicos.

Quizás no se relaciona directamente su primer consejo con la oración, pero todo el Sermón de la montaña determina nuestra oración: ¿amamos a nuestros enemigos, entramos en nuestro aposento interior, no machacamos hablando demasiado, buscamos más ser vistos por los hombres y no sólo por Dios? Ese es el terreno necesario para que la oración se desarrolle.

A continuación, está la importancia de tener una actitud confiada: ustedes tienen que aferrarse a Dios, más allá de lo que pueden ver y constatar, ir más lejos de lo que pueden, creer sin respiro en que es posible, aún cuando la inteligencia lo niegue.

Jesús nos dice igualmente: “Sean francos cuando hablen con Dios. Díganle lo que tienen que decir, con confianza infantil”. Cuando recen, busquen en cuanto les sea posible la voluntad del Padre, no se impongan ustedes. Si suplican o piden, limítense a decir cuál es la necesidad que

[♦] En castellano, Teresa se refiere en general a santa Teresa de Ávila, por lo que preferimos traducir Teresita, pues así se denomina preferentemente a la Santa de Lisieux a quien el A. se refiere. (N.d.T.)

tienen, sin decir cómo Él debe remediarla. Es lo que María hace en Caná: “No tienen vino”. Ella no dice lo que Él debe hacer. Si van al médico y le dicen: “Este es mi problema y es preciso que me prescriba esto”, el médico los despedirá. Pero nosotros nos comportamos así con Dios. Ahora bien, rezar es simplemente presentarse con sus necesidades.

La oración pide también vigilancia: si ustedes se distraen (salvo si es para honrar a Dios), si no esperan nada más o si han perdido toda esperanza, entonces no pueden rezar.

Para decir algo sobre la oración, Jesús relata tres parábolas cortas. Primero la del hombre inoportuno que llama a la puerta de su vecino. La primera característica es, pues, que hay que continuar llamando. Finalmente Dios los atenderá porque ustedes “¡Lo importunan!”.

Después está la viuda que va a ver al juez y que continúa insistiendo. Jesús dice: “Ustedes pueden ser un poco molestos, insistan, repitan lo mismo, persistan en la oración.”

Finalmente está la historia del fariseo y del publicano: “Si quieren obtener algo, permanezcan en el último lugar, sean humildes”.

La oración de María

La oración de María puede ser caracterizada así: ella no determina cómo Jesús debe resolver la falta de vino, insiste y dice: “Hagan lo que Él les diga”. Y ella dice su *fiat*, acepta lo que ocurrirá. Intercede a favor de los otros y canta la alabanza de Dios. En su oración, hay apertura y perseverancia, abandono a la voluntad de Dios, intercesión y alabanza. Cuando Isabel dice: “Feliz la que ha creído” –lo que quiere decir, en otras palabras: “Tú eres una mujer formidable”–, María no responde: “Gracias por ese elogio”, sino más bien: “Mi alma canta la grandeza del Señor”. Ella remite inmediatamente todo a Dios, olvidándose enteramente de sí.

Numerosas formas de oración

Hay diferentes clases de oración. El género más profundo es la adoración, la postración sin palabras, en silencio, con estas palabras en el corazón: “Tú estás aquí”. Esa es la forma fundamental de la oración humana. Pega como una piel con nuestro ser, con nuestra condición de criaturas. Adorar es tomar conciencia de lo que ustedes son y de lo que Dios es. Dios, Él, es todo; yo no soy nada. Y después uno se calla. A lo largo de los últimos siglos esta oración se recupera en la adoración eucarística. El silencio es pues la característica de la adoración eucarística.

La segunda manera es la súplica. Está próxima a la adoración, porque ustedes dicen: “Él puede darme todo, debo recibir todo de Él”. Las oraciones de entrada de la eucaristía, con una antigüedad de quince siglos, son súplicas clásicas. Su formulación es típica: “Señor, dame lo que necesito, y para estar seguro de que me darás lo que necesito, hazme desear lo que te gustaría darme.” Ningún pedido específico: “mis necesidades son totales”. Porque la “colecta” romana afirma, indirectamente: “Si te pones a especificar, confiesas tener todo lo demás”.

La súplica es confiada y segura, pero deja todo abierto: “Haz conmigo lo que quieras”. No se extrañen de que Dios no responda cuando ustedes comienzan a especificar.

La tercera forma es la oración de intercesión. Como la de Abrahán a favor de Sodoma y Gomorra. O como la que los santos de la Iglesia hacen por nosotros. Si ustedes quieren obtener algo de Dios, es mejor pedirlo igualmente para algún otro. Si un muchachito va a buscar a su mamá pidiéndole “un trozo de chocolate para mi hermana a quien le encanta”, la madre le dirá ciertamente: “De acuerdo, y tómate otro también, ya que eres tan gentil con tu hermana”. Dios se los concederá porque se lo piden para algún otro.

Evidentemente, hay la oración de acción de gracias: es el agradecimiento por un don recibido. Y esto, en primer lugar, por la gracia general pero profunda de que yo estoy aquí, de que he recibido la vida. Me asombra que se me ocurra tan poco decir eso. ¡Encuentro tan normal estar aquí! Las cosas elementales parecen correr de tal manera por sí solas, que preferimos mezquinamente no agradecer más que los detalles.

Al lado de la adoración, la alabanza es la oración más alta. La acción de gracias se centra en el don: ¿qué es lo que he recibido? La alabanza mira al donador: ¿quién me lo ha dado? Por medio de la oración de alabanza ustedes dicen: “Dios, ¡soy feliz de que seas Dios!”. ¡Eso es todo! Se encuentra esta oración y el gozo que de ella proviene en los *Hechos de los Apóstoles* y en las comunidades paulinas: himnos, cantos de alabanza para alabar al Donador. Es una forma redescubierta por la Renovación carismática a lo largo de los últimos decenios.

¿A quién dirigimos en la oración?

A Dios...Pero Él no es indiferenciado, como una pared blanca. Él presenta relieves: es Padre, Hijo y Espíritu. ¿Con qué frecuencia nos dirigimos a estos tres? Generalmente solamente a Dios, al Padre. Para hacerlo, tenemos el Padrenuestro, dado por Jesús. Vemos allí dos partes. Primero se trata de Dios: “Ocúpate de tu nombre, tu reino, tu voluntad...”.Sólo después rezamos por nosotros mismos. ¡Nos gustaría invertir el orden!

Dirigirse al Hijo es posible, por ejemplo por medio de los salmos: se los puede “cristologizar”. En donde se encuentra la palabra “yo”, a menudo se puede pensar en Cristo y poner esas palabras en su boca. Igualmente se pueden rezar los salmos dirigiéndolos a Él.

Otra oración puede ser pronunciar los nombres de Cristo: Jesús, Hijo de Dios, Verbo, Señor, Salvador, Hijo de María, rey, profeta, luz, resurrección, verdad. Nómbralo, díganle su Nombre. “Tú eres Salvador...” Ahí tienen una oración muy simple, pero hermosa. Luego pueden decir la oración de Jesús: “Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.” Todo está dicho allí: su nombre, su segundo nombre, y lo que yo más necesito :misericordia, piedad; además está la definición de lo que yo soy: un pecador...

Hace seis siglos, se comenzó a dirigir la oración al Corazón de Jesús. ¡No vayan a pensar en Jesús vestido de blanco, con un corazón pegado sobre su pecho! La verdadera imagen del Sagrado Corazón es Jesús muerto en la cruz para el perdón de nuestros pecados. A Catalina de Siena, Él le decía: “Mira mis pies. –Sí –decía ella–, con esos pies has caminado. –Mira ahora un poco más arriba, hasta mi cadera. –Allí has llevado la cruz” –decía Catalina. “Todavía un poco más arriba –decía Jesús–, mira mi costado”. Y ella responde: “Por esa pequeña abertura, Tú has perdonado nuestros pecados. Tú eres misericordioso”.

Finalmente, la oración al Espíritu Santo es muy simple: “¡Ven!”. Porque todavía debe venir para gran parte de la humanidad. Jesús ha venido, Él ha partido. El Padre no viene: Él es. Pero el Espíritu nos visita, en el momento de Pentecostés y ahora, en pequeños ‘pentecosteses’. Es lo que la Iglesia reza desde siglos: “*Veni, Sancte Spiritus...* ¡Ven!”.

¿Cómo rezar?

La oración vocal tiene su importancia, porque cuando pronunciamos algo con la boca, nuestra convicción se acrecienta. Uno puede tener en el corazón una idea sobre alguien, pero ocurre algo diferente cuando la dice. Al hablar, nosotros articulamos nuestras ideas y, en consecuencia, obtienen más fuerza emotiva. Esto es válido también para la confesión de nuestros pecados: no es algo insignificante pensar en los propios pecados, pero decirlos revela ser mucho más doloroso y al mismo tiempo más eficaz. La oración oral es la única posible cuando uno quiere rezar junto con los demás. Los pensamientos no pueden unirse, pero sí las palabras.

A menudo se plantea la pregunta: “¿Para qué sirven oraciones puramente orales, como el Rosario? Uno está constantemente distraído...”Efectivamente, no se puede aplicar el espíritu sin cesar en todas las palabras, es insostenible. El Rosario es una meditación de misterios; al mismo tiempo, se dicen fórmulas. Se parece a una película compuesta por una banda sonora estrecha al lado de la banda larga con las imágenes. Los *Ave* forman la banda sonora, pero la verdadera oración consiste en la meditación de los misterios.

Luego hay la meditación. No es totalmente oración; uno deja que los textos se balanceen en el espíritu. Se la puede considerar como un esfuerzo previo a la oración. La meditación no se hace solamente con textos impresos. Uno puede meditar con lo que ve, con un ícono, con una imagen... Es un camino visual que conduce hacia la oración. Como punto de partida, pueden igualmente tomar el libro inédito de la propia experiencia cotidiana de ustedes. O tomen un texto del evangelio y háganle las dos preguntas siguientes: ¿qué es lo que Jesús me entrega aquí? y ¿qué es lo que a Él le gustaría de mí? Eso es todo... O bien sigan el consejo de san Ignacio: intenten representarse la escena del evangelio de la manera más concreta posible. Eso provoca mociones e inspiraciones. Si se ha desarrollado verdaderamente de tal o cual manera, no tiene ninguna importancia. Con la imaginación pueden invertir las escenas, sin que esto los autorice a predicar como si fuera la verdad revelada.

La meditación actúa sobre la imaginación, la voluntad, las ideas y las emociones; sólo después comienza la oración, la oración silenciosa, el intercambio confidencial con Dios. Cuando el Cura de Ars le preguntó a un paisano qué iba a hacer a la iglesia, él le respondió: “Él me mira y yo lo miro”. Mirarlo y dejarse mirar. Es allí donde interviene el amor profundo.

Y es de esto de lo habla la Biblia en el Cantar de los Cantares: los amantes se miran y se buscan... Es un canto de amor que puede leerse como si se tratase de la relación entre Dios y mi alma, entre Jesús y yo, entre Jesús y la Iglesia. El Cantar de los Cantares es como una composición musical que puede ser ejecutada en clavicordio, órgano, o por un cuarteto instrumental o incluso por una orquesta sinfónica –la composición sigue siendo la misma. Lo que el autor ha querido decir tiene importancia para la exégesis, pero la oración sabe lo que allí se está diciendo.

La oración como combate

A menudo nosotros tenemos dificultades con la oración porque no tenemos de ella una definición precisa. Suponemos que la oración es un asunto psicológico que debe encendernos por dentro. Si no nos ocurre, entonces creemos que nuestra oración no es buena. Eso no es exacto. No se trata tampoco de crear un vacío interior o de recitar fórmulas.

Además, la oración es incompatible con ciertas actitudes que nosotros hemos ingerido con la leche materna: la mentalidad del mundo y la del hombre de oración no se reconcilian. El hombre de mundo se dice: aquí está lo que puedo probar, tocar, verificar. Pero eso no tiene valor para la oración: su verdad no se deja constatar. El hombre de mundo dice: nosotros debemos ser productivos y rentables. La oración no lo es en absoluto. Esto es difícil para nosotros. Y además, no nos interesamos más que en lo que podemos gustar plenamente, en lo que es confortable. Pero es Dios quien debe encontrar allí su placer, y no nosotros. Según el hombre de mundo, hay que ser activo; pero rezar, es “dejarse hacer”.

Así la oración sigue siendo difícil para todos los hombres de todos los tiempos. Porque esas tendencias ¡eran ya las de Adán! Pero, actualmente, es todavía más difícil puesto que existe la posibilidad de ser mucho más rentable, productivo, creativo...

El gusano más feroz que carcome al árbol de la oración pregunta: “¿Para qué? ¿De qué me sirve?”. Si uno quiere hablar de utilidad, no sirve para nada.

¿Cuál es entonces la terapia que permite perseverar en la oración?

Hay que llegar a ser como un niño, humilde, permitir a Dios ser Dios, tener una confianza infinita, saber dar su tiempo incluso cuando eso se parece a no estar haciendo nada. Como una bestia de carga que se mantiene allí. La sobriedad del corazón tiene también su importancia: no se puede ser posesivo.

No se dejen sorprender demasiado por la aridez: ella purifica la fe de ustedes. El grano de trigo debe morir...

Pero lo más importante es la confianza infantil. Sólo los hombres de oración experimentan que es indispensable rezar... La oración no será producida por esta conferencia, como el agua corriente de una canilla. Una sola cosa puede favorecer la oración de ustedes: el hecho de comenzar a rezar.

*Wollemarkt 15
B-2800 Mechelen
Bélgica*